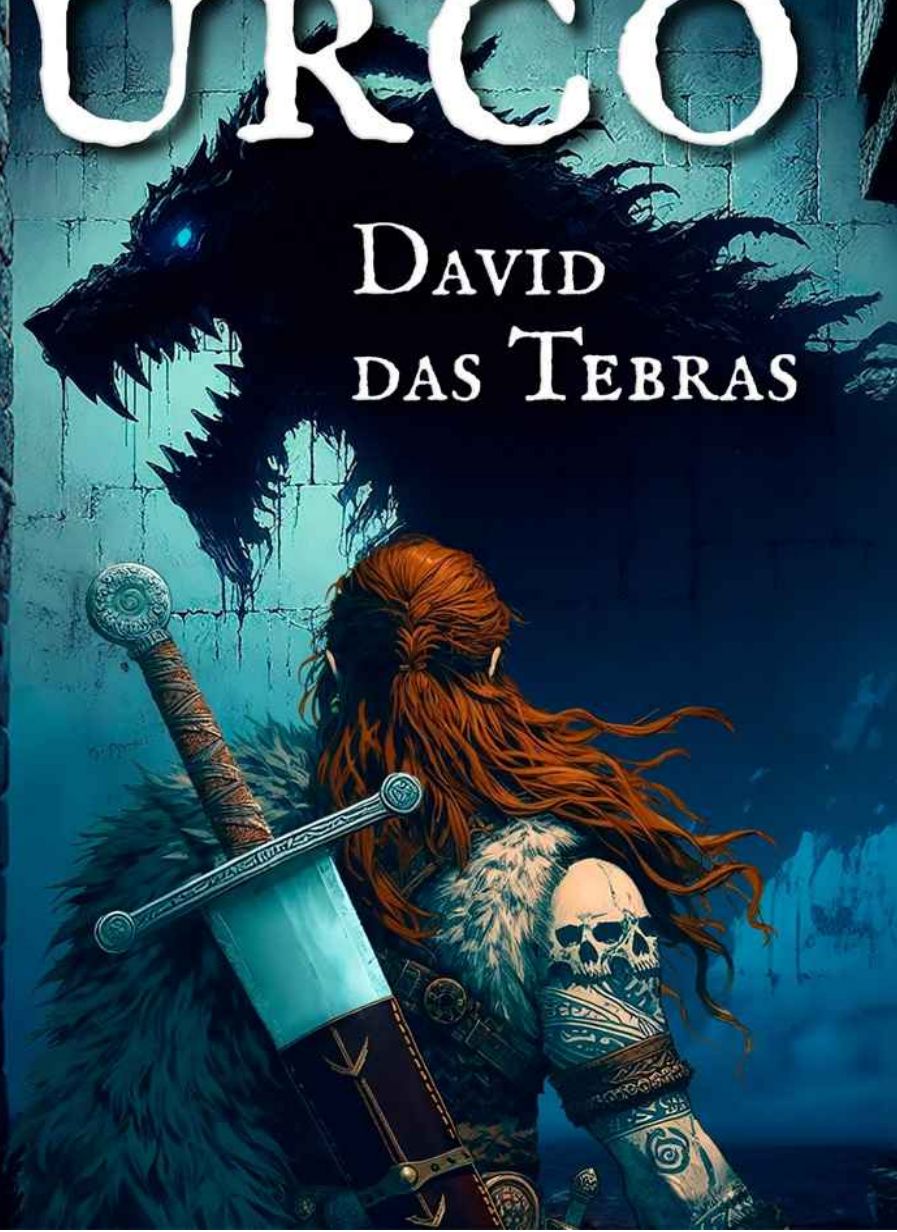


Fantástica Salvaje

DESDE ILIDDIAM

La marca del URCO

DAVID
DAS TEBRAS



DESDE ILIDDIAM

La marca del
URCO

DAVID DAS TEBRAS

Del texto: © David das Tebras, 2025
De la edición: © Los Libros del Salvaje, 2025

Primera edición: octubre 2025
Colección editorial: Los Mundos del Salvaje 4
Serie: Desde Iliddiam 2

Título
La marca del urco

Ilustración de cubierta y diseño de mapas: Laura G. Loaisa
Imagen decorativa: rawpixel.com / Freepik
Imagen ouroboros: Freepik
Edición y maquetación: Fran Zabaleta

Editorial
Los Libros del Salvaje
Aldea Betán, 12
32704 Baños de Molgas (Ourense)
<https://loslibrosdelsalvaje.com>

*Este libro ha sido impreso con papel libre de cloro y con certificación FSC,
procedente de bosques gestionados de forma sostenible.*

Impreso en Gráficas Ulzama Digital
Pol. Ind. Areta, C./ Altzutzate 51.
31620 Huarte (Navarra)

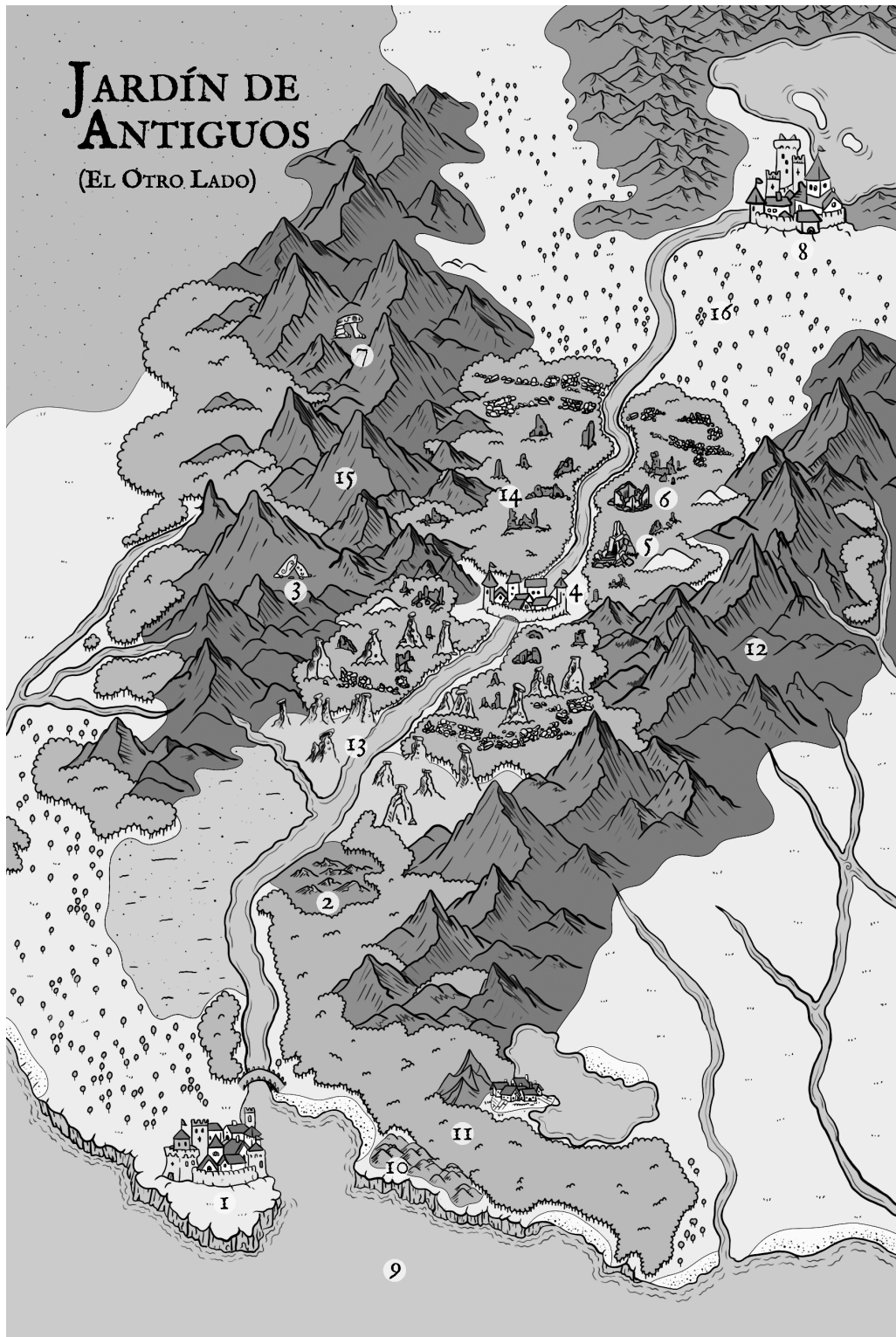
ISBN: 978-84-129435-2-8
Depósito Legal: OU 209-2025

Para Raúl.
Porque sin ti de ninguna manera hubiesen sido posibles
esos cinco años de magia.

- 
1. Ribademinio
 2. Las Colinas Rotas
 3. Gardatebras
 4. Iliddiam
 5. La Serpiente Enroscada
 6. Los Salones de los Trasnos
 7. Ponte Soterrada
 8. Fasgadh A'Tuath
 9. Costa de la Vida
 10. Montes Furados
 11. Foresta das Bestas
 12. Montañas del Antiguo Imperio
 13. Los Huesos de la Tierra
 14. Bosques de la Vieja Iliddiam
 15. Montañas Rojas
 16. Tír Chloinn Arkadaranna

JARDÍN DE ANTIGUOS

(EL OTRO LADO)





SEIS DÍAS PARA LA LUNA DEL CAZADOR

*La emoción más antigua y más fuerte de la humanidad es el miedo,
y el miedo más antiguo y fuerte es el miedo a lo desconocido.*

H. P. Lovecraft



Lobos

HAZEL

Había caído la noche y con ella llegó el miedo. Las sombras se llevaban los colores y el silencio convertía los sonidos del bosque en ruidos que me estremecían. El viento, que durante el día acariciaba la piel y la refrescaba, se transformaba de noche en algo distinto. Sonaba como el aullido de los espíritus de los muertos.

Todo era cierto. No se trataba de fantasías. En mi tierra, la noche era enemiga de la gente. Mi madre insistía en que regresase al castro antes de que se pusiese el sol. «Que no te alcance la noche en los bosques, Hazel», me decía.

Intentaba ser buena hija y solía hacerle caso, pero ese día había sucedido algo muy bueno. ¡Gryk había venido a verme! Estaba muy contenta. Fuimos al bosque y nos pusimos a entrenar, a jugar y a explorar, con lo que nos despistamos y perdimos la noción del tiempo. Al final, se nos echó la noche encima.

Recorríamos un camino de tierra que la luz de la luna pintaba de gris claro. Todo lo demás eran sombras. Intentábamos llegar a Monte do Castro, el gran poblado en el que vivía. Gryk iba a pasar unos días conmigo antes de volver a Iliddiam.

La gente del castro no era consciente de la existencia de mi amigo. Gryk era un trasno, y las personas normales no podían verlo salvo que él quisiese que lo hicieran. No era porque fuese invisible, sino porque, según me había explicado mi maestra la Vedoira, la

mente de la gente normal no está preparada para ver las cosas que se supone que no deben estar ahí. Me costaba comprenderlo, pero mi maestra era una meiga muy anciana y muy sabia. Además, Gryk no pertenecía a este mundo. Venía del Otro Lado, donde moraban los seres de nuestras leyendas. Vivía en una ciudad maravillosa llamada Iliddiam, en la que también residían mis mejores amigos: Khan Kshur, Exién, Eoghan, Timy, Xianna, Ashdraig, Förl. Los echaba mucho de menos. Gryk era el único que venía a visitarme a menudo, ya que nos unía una amistad muy especial.

—A ver, ¿qué es lo más peligroso de los bosques? —me preguntó de repente, sonriendo y agarrándome la mano. Su tacto era suave, como de cuero. Miré su mano sobre la mía, ambas iluminadas por la luz de la luna que se colaba entre las ramas de los árboles.

—Los bosques son peligrosos por los lobos. Hay muchos en estas tierras —le respondí, siguiéndole la corriente.

—En este lado hay lobos, sí, lobos de todo tipo. Lobos da xente, lobishomes y las manadas hechizadas por las peeirás. —A pesar de que en ese momento me diese conversación, Gryk solía ser bastante callado y tímido. Solo tenía nueve años, uno más que yo, pero había pasado por muchas cosas y era muy valiente cuando hacía falta.

—Ya lo sabía, listillo. Mi madre me ha hablado de un hombre lobo único, muy grande y peligroso, tanto que la gente evita por completo los bosques en los que vive.

—Sí, es cierto. Yo también he oído hablar de él. Vive bastante al norte. —Hizo un gesto con su mano izquierda que dejó a la vista el gran agujero que tienen en ella los de su raza.

—Por los bosques, de noche, también caminan otras criaturas peligrosas. Además, podemos caernos y perdernos. —Revolví su abundante cabellera castaña rojiza, de la que sobresalían dos pequeños cuernos de color negro.

—También podemos ser presa de la Compañía —dijo Gryk.

No le respondí. Le solté la mano y me abracé a mí misma. De repente tenía miedo y frío. Ya había estado en presencia de esa

procesión de espectros y no tenía ningunas ganas de repetir la experiencia.

—Lo siento —me dijo Gryk, acariciándome la cara.

—No pasa nada, estoy bien.

Caminábamos entre los árboles, con los ojos ya acostumbrados a la escasa luz de la luna, que se reflejaba en la tierra del camino. Estaba segura de que Gryk no tenía miedo. Era un niño extraordinario, todo el mundo lo sabía. Él y yo habíamos vivido muchas cosas terroríficas y alucinantes unas nueve lunas antes, tras la desaparición de mi madre, secuestrada por un cuélebre.

Me había sentido perdida, pero tuve la suerte de conocer a Timy y Khan Kshur, ¡que eran un leprechaun y un mouro! Ellos me ayudaron a cruzar a su mundo, el «Otro Lado», y en su compañía atravesé la *mourindade*, un reino subterráneo lleno de maravillas. Cuando salimos de nuevo al exterior, unos trasnos asalvajados y malignos nos atacaron y se llevaron a mis amigos.

Se trataba del clan de Grik, pero él resultó ser muy diferente. Me ocultó, me mantuvo a salvo de sus mayores y después estuvo a mi lado durante toda esa increíble aventura. ¡Incluso luchó contra el cuélebre para liberar a mi madre!

Entre nosotros había crecido una amistad muy fuerte y especial. Éramos inseparables, como decían nuestros amigos.

Pasamos al lado de un arroyo. Aunque estaba oculto por las sombras de la noche, oíamos el agua corriendo entre las piedras. Gryk se puso tenso.

—Para —susurró, sujetándome de un brazo.

—¿Qué pasa? —Me puse nerviosa.

—Se acerca alguien. Son dos. Vienen por detrás y por ambos lados, a través del bosque.

Seguimos caminando en tensión. Grik desenfundó sus dagas y se puso a mirar alrededor con gestos rápidos.

Apenas habíamos dado diez pasos cuando nos encontramos con una mujer. Estaba sentada en la mitad del camino, con las piernas cruzadas, completamente desnuda y manchada de tierra.

La luz de la luna se reflejaba en su piel clara, haciéndola parecer blanca y sin vida. Tenía un pellejo de lobo sobre su regazo.

Me estremecí.

—¿Qué hacen dos mocosos como vosotros por el bosque cuando el sol ya se ha ido? —Mostró los dientes en una gran sonrisa—. ¿No tenéis miedo de los lobos?

No respondí. Me di la vuelta. De entre las sombras de los árboles surgió un chico un poco mayor que nosotros y un hombre, ambos desnudos, manchados de tierra y con pieles de lobo sobre los hombros.

Me volví de nuevo hacia la mujer. Se había levantado y se reía mientras se acercaba a nosotros. Los otros dos, a nuestras espaldas, también comenzaron a reírse.

Sus carcajadas me pusieron la piel de gallina.

La mujer sacudió el pellejo de lobo y se lo echó por encima. Al instante, se adhirió a su propia piel con un sonido extraño, húmedo. La luz de la luna llena nos permitió ver cómo se transformaba en un ser peludo, con la misma figura de mujer pero con piel, dientes, garras y mirada de lobo. La postura de su cuerpo había cambiado. Ahora se asemejaba a la de una bestia, y ya no hablaba. Profería un gruñido bajo y constante entre dientes. Sus ojos eran lo peor. En sus ojos estaba la muerte.

Huimos. Echamos a correr por el camino con fuerzas nacidas del pánico más absoluto. Eso pareció divertirlos mucho, pues las carcajadas redoblaron su intensidad. Corrimos con la velocidad y la resistencia que solo da el terror hasta que alcanzamos el ancho sendero que bordeaba la costa. Lo seguimos, aún a la carrera, cuesta arriba, en dirección a mi hogar.

Cuando me atreví a mirar hacia atrás, comprobé que los asaltantes nos perseguían. El hombre y el niño también se habían transformado y hablaban entre ellos con sonidos que parecían una mezcla de palabras y ladridos. Corrían como lobos: clavaban las garras de los pies en el suelo y se impulsaban hacia delante dando extraños saltos.

Tras una curva pronunciada del camino, Gryk tiró de mí. Nos metimos entre la maleza para intentar despistar a las criaturas y seguimos corriendo sin parar. Las zarzas nos arañaban el cuerpo y nos hacían sangrar por multitud de pequeños cortes.

Finalmente salimos a un pequeño claro. Empezábamos a pensar que habíamos conseguido dejarlos atrás cuando la criatura que había sido un hombre se abalanzó sobre nosotros desde un árbol mientras se reía de una manera tan antinatural como perturbadora.

Gryk me empujó a un lado y levantó sus dos dagas curvas, largas y estrechas. Cuando el ser estaba a punto de arrollarlo, giró sobre sí mismo y descargó dos cortes rápidos y profundos. El monstruo aulló y lanzó un revés con el dorso de una zarpa, con tanta fuerza que lanzó a Gryk contra el tronco de un árbol. Este reaccionó rápido: giró en el aire, se apoyó en el tronco con ambos pies y se propulsó hacia su agresor aullando. Estaba a punto de clavar sus dagas en el engendro cuando la mujer apareció de repente, agarró a Gryk en el aire y lo arrojó contra el suelo con mucha fuerza.

El golpe fue tan duro que me estremecí.

Mi amigo no se levantó: había perdido la consciencia.

Un segundo después, el chico, también transformado, apareció en el claro muy cerca de donde me encontraba.

—Niña, os vamos a devorar —me susurró.

—Primero nos lo comeremos a él, y tú podrás verlo todo —añadió la mujer.

En ese instante empezamos a oír sonidos suaves, de movimientos sigilosos, procedentes de la maleza que nos rodeaba.

Los seres se pusieron tensos. Giraron las cabezas y olfatearon, sin dejar de observar los alrededores con atención. Gryk recuperó la conciencia y comenzó a incorporarse.

Uno a uno, muchos lobos, lobos de verdad, aparecieron en el claro, gruñendo y enseñando los colmillos. Eran hermosos, impresionantes, con pieles lustrosas que delataban una buena alimen-

tación. Al poco apareció uno más grande que los demás, de color gris plateado.

Nuestros tres enemigos los observaban y se miraban entre sí. Ya no se reían. Los lobos les mostraban los dientes y les gruñían.

—¿Qué pasa aquí?! ¡Largaos! —gritó, furiosa, la mujer.

El gran lobo gris plateado era el único que no gruñía. Se movió con elegancia hasta colocarse delante de ella. De súbito, se irguió mientras su cuerpo comenzaba a transformarse en el de un hombre alto, fuerte y atlético, de edad avanzada, aunque no anciano. El pelo se le fue desprendiendo del cuerpo hasta que solo le quedó una larga melena, una poblada barba y una abundante mata de pelo en el pecho.

El lobo alargó su musculoso brazo mientras las zarpas se transformaban en manos. Señaló a la mujer con un dedo.

—Largaos, engendros. Volved al otro lado de la ría. O no lo hagáis, y así nos daréis el placer de haceros pedazos. —El desagrado impregnaba su voz, que no obstante se mostraba calma.

La mujer apretó los dientes. Lo miró con fuego en los ojos.

—Un maldito lobishome. ¡Estos bosques son nuestros!

Se volvió hacia sus dos compañeros y les hizo un gesto con la barbilla. Estos no se lo pensaron dos veces: echaron a correr, huyendo del claro. Un segundo más tarde, tras una última mirada rabiosa, ella los siguió.

Me levanté. Los lobos ya no gruñían y muchos se habían echado al suelo, muy tranquilos.

—Que la Madre te cuide —le dije al hombre que había sido un lobo, que permanecía en el centro del claro.

—Agradéceselo a mi guía. —Señaló hacia unas piedras cercanas, donde vi sentada a una niña de piel muy blanca y pelo castaño, largo y engreñado—. Ella ha dado la orden.

—Tú eres la niña que vive con mi abuela —me dijo, con una sonrisa. Tenía la voz muy dulce y agradable.

Me dio la impresión de que íbamos a ser buenas amigas.



UN PAR DE SORPRESAS

ASHDRAIG

— ¡N o te muevas! —ordenó el tatuador. Su voz era burlona y estridente. Se trataba de un individuo de la gente

pequeña, de una raza con un nombre raro... un diaño burleiro, me parecía recordar. Me lo habían dicho mientras esperaba. Tenía la impresión de que era muy bueno en su trabajo, pero cuando la aguja de tatuar pasaba sobre mi columna vertebral me hacía muchísimo daño.

—Dentro de nada habremos terminado. —Me dio una pequeña palmada en el hombro. Si intentaba darme ánimos, no funcionó.

—Te está quedando muy guapo, Ash. —Otra voz aguda: la de Tímy. Cuando le dije que me iba a hacer un nuevo tatuaje, se había apuntado de inmediato.

Era un leprechaun: un duende de la Isla Esmeralda. Desconocía si todos los de su raza eran tan gamberros y alocados como él, pero quería pensar que no. Lo había conocido, con el resto del grupo, hacía nueve meses, y juntos habíamos corrido una serie de aventuras que nos habían unido mucho.

—¡Vaya! Entonces, lo único que hacía falta para que te estuvieses tranquilo y sin meterte en líos era ver cómo perforan mi piel con una aguja —le dije, divertido.

—No seas tonto, Ash. Yo nunca me meto en líos —rio él. Lo peor era que se lo creía. Tenía una desconexión con la realidad selectiva, muy compleja.

En ese momento, Timy pasó caminando por delante de la cabecera de la cama de piedra en la que yo estaba tumbado. Llevaba unas sandalias de cuero castaño, unos pantalones cortos muy sueltos, de color verde, que le llegaban hasta un poco por debajo de las rodillas, y una prenda de mangas cortas que él llamaba «camiseta». Era algo muy parecido a la camisa que vestían los guerreros de mi tierra. Ligera, con mangas cortas que acababan a la altura de la mitad del bíceps y un cuello muy sencillo. La de Timy era de color negro y tenía dibujado un círculo verde en el centro, con una línea curva a modo de boca sonriente y, por ojos, un punto y una raya. Daba la impresión de que la carita le guiñaba un ojo al que miraba la camiseta. Además, el leprechaun se cubría la cabeza con su extravagante chistera de color verde esmeralda, con una hebilla dorada y una pluma roja en la cinta.

El local de tatuaje estaba lleno de estanterías y mesitas pegadas a las paredes en las que había todo tipo de cachivaches extraños. Timy se acercó e hizo desaparecer de manera fluida y natural un par de objetos dentro de sus bolsillos.

Mientras tanto, el diminuto tatuador continuaba dibujándome un fénix de fuego en la espalda, insertando tinta justo por debajo de las capas renovables de la piel. El dibujo era un diseño simbólico. Se trataba de una criatura mítica de otra cultura, la griega. Unos años antes había conocido a un marino de ese país que me habló de sus dioses y de las criaturas de sus mitos, tan importantes en su cultura. El fénix era el que más me había gustado. Pero no me lo estaba tatuando solo por eso, sino también por su significado.

—Los diseños tribales y las calaveras que tienes en el hombro y en el brazo están chulos, pero este nuevo tatu es una auténtica pasada. ¿Qué simboliza? —preguntó Timy en ese momento.

—El resurgir. El renacer.

—¿Y por qué te lo tatúas? ¿Qué resurgir es ese?

—Quiero reflejar que soy un hombre nuevo y que voy a por todas.

Lo decía en serio. Nueve lunas atrás, estaba perdido. Joven, fuerte y orgulloso, había llegado a esta villa, Iliddiam, desde las tierras de los galaicos del mundo que habitamos los humanos. Huía de mi maldición: una ira incontrolable a la que llamaba «mi bestia interior». Poco a poco iba apoderándose de mí, pese a que hacía lo imposible por luchar contra ella y por comportarme con rectitud. Ese fue el motivo por el que decidí ayudar a Hazel y me uní a los demás en esa gran aventura que vivimos.

Todo fue bien cuando luchamos contra los trasnos y los tardos que nos habían asaltado y robado nuestras posesiones y, lo más importante, nuestro honor. Acabamos derrotando a esas alimañas y a su peligroso líder, pero entonces el monstruoso urco estuvo a punto de matarme y me dejó su marca grabada en el cuerpo. Creí que todo había acabado, pero la aparición Xianna cambió mi vida.

Ella no era humana, como yo. Era una moura, un ser mítico íntimamente relacionado con los cursos de agua. Tenía un vínculo enorme con la naturaleza y esto, entre otras cosas, le otorgaba el poder de la curación. Acudió en nuestra ayuda en el momento de mayor necesidad y nos salvó la vida a todos. Me enamoré de ella de inmediato y su amor me salvó. Me hizo encontrar mi lugar en este mundo y me dio muchas razones para seguir adelante, muchos motivos para seguir mejorando.

—Ahora voy a por todas, amigo mio —le repetí a Timy, volviendo de entre mis recuerdos.

—¿Vas a por todas? ¿A por todas las nenas? —rio—. Creí que le ibas a ser fiel a Xianna, pillín. Haces bien, yo haría lo mismo.

El leprechaun no tenía remedio. No solo estaba el hecho de que no comprendiese en absoluto el concepto de propiedad ajena. Siempre estaba robando, aunque él no lo racionalizase de esa manera. Tenía una personalidad muy extraña y, a la vez, un gran encanto natural. Pero también era de lo más soez y machista. Ya me había acostumbrado, así que decidí ignorarlo. A veces era lo mejor.

—Bueno, ¡esto ya está! —exclamó el tatuador, dejando a un lado la aguja y el tarro con la tinta. Tenía un aspecto muy simpático, con sus patas de cabra y los dos pequeños cuernecillos que salían de entre los rizos de su pelo ensortijado. De cintura para arriba, sin embargo, parecía humano y los rasgos de su cara eran los de un travieso niño pequeño.

Me levanté y me dirigí hacia la gran placa de cobre pulido que estaba en una esquina del local. El tatuador se acercó a Timy, con lo que pude observar que era incluso un poco más pequeño que el leprechaun. Se puso a conversar con él animadamente mientras, con movimientos ágiles, sutiles y despreocupados, recuperaba sus objetos de los bolsillos de mi amigo.

—Que no le dé el sol, ¿eh? —me advirtió, al tiempo que redistribuía los objetos por mesas y estanterías—. Debes lavarlos con agua y jabón a menudo y, si puedes, llévalos protegidos con esta pomada. —Cogió un recipiente de arcilla cocida con la boca sellada de una estantería repleta de tarros similares.

Mi vista se perdió por las paredes del local, completamente pintadas de negro. Había dibujos enmarcados de calaveras, guerreros y otros símbolos de guerra y muerte. Parecía que el duende era aficionado a coleccionar todo tipo de artículos extraños... Timy ya se había vuelto a meter un par de ellos en los bolsillos.

Contemplé mi tatuaje. A pesar de que la zona estaba enrojecida y ligeramente hinchada, había quedado genial. Me giré hacia el tatuador, que había vuelto a recuperar sus pertenencias y estaba empujando la extraña torrecita con ruedas desde la que tatuaba.

—El tatuaje es impresionante. ¿Cuánto te debo?

—Siendo el primero que te haces aquí, y teniendo en cuenta que te ha gustado, me vale con diez escamas. Lo consideraré una inversión de futuro. —A pesar de su tamaño y su voz aguda, su tono era serio.

—Vaya, pues te lo agradezco mucho. —Aflojé mi bolsa de cuero y puse en una mesita cercana las diez monedas—. ¿Prefieres una rueda de Taranis? También tengo. —Coloqué al lado una mo-

neda de oro tan grande como las otras diez piezas juntas.

—Prefiero las monedas pequeñas. —Las fue metiendo una a una en una bolsa. En sus manos, parecían enormes.

Timy y yo nos dirigimos a la salida. En el arrugado rostro del leprechaun bailaba su eterna sonrisa. Silbaba, miraba alrededor con interés y jugueteaba con una especie de aro de metal dentado que había cogido de una estantería.

—¿Qué es eso? —le pregunté, aunque ya me imaginaba la respuesta.

—¿Esto? —Por su expresión, daba la impresión de que era la primera vez que reparaba en el objeto—. Parece una pieza de algún tipo de maquina grande. —Me miró, con la ilusión brillando en los ojos—. ¡Me la ha regalado mi amigo tatuador!

Lo dejé correr. Timy era en verdad extraño.

Recogí mi espada de antenas y mi caetra y eché mano de la masiva arma a dos manos que estaba apoyada en la pared, al lado de la puerta. Era una obra maestra de la forja: una espada con un peso similar al de un varón humano adulto. Aún no se había ganado un nombre, pero había sido fabricada fundiendo a Matatrasnos y a Parteescudos. Me la eché sobre un hombro con esfuerzo y salimos del local.

Estábamos en plena mitad luminosa del año y hacía calor, aunque seguíamos bajo techo, pues nos encontrábamos en Iliddiam bajo Iliddiam, el barrio subterráneo de la villa, que se extendía, nivel tras nivel, bajo las calles de la Alta Iliddiam. Ya llevaba nueve meses viviendo con mi amada y mis amigos en esta atípica población, que era bella y misteriosa a partes iguales.

«Cómo pasa el tiempo», pensé.

Esta zona subterránea de Iliddiam por la que caminábamos formaba parte de la *mourindade*, el imperio de la raza moura, y en ella había muchos más individuos de esta raza que de ninguna otra.

Llegamos a una gran plaza que estaba llena de guerreros... y de curiosos. Los primeros portaban unos escudos circulares de madera con una zona metálica central, parecidos a la caetra que uti-

lizaba el pueblo galaico —mi pueblo— para luchar, pero bastante más grandes. Había mucha gente reunida en los contornos de la plaza, sobre la zona peatonal más exterior, entre las paredes de los edificios y la carretera.

Esa gran explanada circular estaba iluminada por una intensa luz natural que llegaba desde el techo, pese a que no se veía el cielo. Me había sorprendido mucho la primera vez que lo vi, y con razón: se trataba de una maravilla de la arquitectura, unas concavidades en la roca que iban reflejando la luz solar y guiándola hasta el interior de la tierra.

Pasamos al lado de una fuente con la forma de una moura que dejaba caer agua desde un cántaro. Timy se subió a su cabeza.

—Yo me quedo aquí, Ash. —Se acomodó sobre ella—. Para ver bien.

—Vale, Timy. Recuerda portarte bien.

—¿Yo? Siempre. —Soltó una carcajada—. Mucha suerte, la necesitas.

Lo ignoré y avancé hasta el centro de la plaza, en la que se abría una zona peatonal muy amplia, con bancos, robles retorcidos, de oscura corteza, arbustos de formas elegantes y plantas exóticas con bellas flores de colores vivos. Allí me esperaba mi mejor amigo.

Su nombre era Khan Kshur, y era un mouro.

Todos los mouros impresionaban un poco, la verdad, pues podían llegar a tener unos volúmenes musculares muy espectaculares, superiores a los de la mayoría de las razas. Además, algunos eran muy grandes y sus pieles mostraban los colores y la textura de la tierra y de la piedra. Mi amigo no era más alto que un ser humano, pero se trataba de un mouro impresionante de verdad, y eso que no portaba ningún tipo de armadura. De hecho, llevaba descubierta la parte superior del cuerpo.

—*Xa era hora!* —me gritó. Su voz era profunda, como si llegase a través de las galerías de una cueva.

—Estate tranquilo. Acaban de terminarme el tatuaje.

—A ver —me dijo mientras hacía un gesto circular con su poderoso brazo, cargado de brazaletes de oro y plata, para indicarme que me diera la vuelta.

Lo hice.

—Vale, no está mal. Ha quedado muy bien —asintió, con lo que los adornos de oro de su barba blanca, peinada en cuatro largas trenzas que le llegaban a la cintura, chocaron entre sí y tintinearón.

Iba desarmado. Su martillo, un arma descomunal, estaba apoyado contra un banco, a unos cinco pasos. Muy pocos guerreros tendrían la fuerza necesaria para manejarlo.

Una de las personas de la plaza, un mouro muy elegante, se adelantó y extendió un rollo de piel. Clavó los ojos en su contenido, carraspeó para aclararse la garganta y exclamó:

—¡Por la villa de Iliddiam, Khan Kshur, del clan del Salón Profundo, y Ashdraig, guerrero del pueblo galaico, se enfrentan en la primera ronda de la fase final de la centésimo segunda edición del Torneo de Iliddiam!

El emisario se retiró y mi amigo avanzó un paso hacia mí.

—Venga, vamos, que te voy a dar una tunda que no te vas a poder mover en un mes. —Abrió y cerró las manos, se las miró y se dio una palmada a sí mismo en el poderoso pecho sin dejar de mirarme sonriendo—. *Veña, morra o conto. Imos loitar coas mans.*

—¿Con las manos? ¿En serio? —Aunque sabía que tenía las de perder, dejé mi espada, el resto de mis armas y mi caetra sobre las raíces de uno de los robles.

La gente que estaba en la plaza iba acercándose mientras los guerreros cerraban un círculo a nuestro alrededor, encajando los escudos entre sí y gritando nuestros nombres para animarnos.

Eché a correr hacia Khan. No tenía ni idea de cómo entrarle con las manos desnudas, dadas su fortaleza y resistencia, así que intenté derribarlo. Oí cómo se reía mientras separaba las piernas, asentaba los pies, flexionaba ligeramente las rodillas y echaba el cuerpo un poco hacia adelante, preparándose para el encontronazo.

Este fue terrible, pero Khan no cayó al suelo. Una de sus manazas se cerró sobre mi hombro mientras la otra pasaba entre mis

piernas. Me vi levantado en peso. Me colocó sobre sus hombros y me lanzó contra el suelo con todas sus fuerzas.

El golpe fue tremendo y a punto estuvo de hacerme perder el conocimiento. La gente aullaba de entusiasmo, los guerreros golpeaban sus escudos. Había sido un comienzo extraordinario.

Me dolía todo el cuerpo y estaba aturdido. La marca del urco, la enorme cicatriz en forma de zarpazo que cruzaba la musculatura de mi pecho y abdomen, comenzó a escocerme. La bestia de mi interior se revolvió, luchando por tomar el control.

No se lo iba a permitir, pero usaría su fuerza, su rabia y su ira. La iba a necesitar como combustible para combatir con mi amigo.

Me incorporé. Khan había levantado la guardia. No se acercó con cautela, sabía que yo seguía aturdido, por lo que se dedicó a descargar sus puños sobre mí: primero el izquierdo, luego el derecho y después otra vez el izquierdo.

Sabía lo que hacía. No dejaba la cabeza desprotegida en ningún momento, la mantenía hundida entre sus enormes hombros y sus manos regresaban por arriba después de lanzar los golpes, de manera que siempre le defendían la cara. Yo retrocedía y esquivaba, ya desviando sus golpes con la palma de mi mano, ya evitándolos por completo.

De repente, mi espalda chocó contra el muro de escudos. Volví a ser consciente de los gritos de los guerreros. Me empujaron hacia adelante con violencia, era lo que tenían que hacer. Khan lo sabía y aprovechó el instante para lanzar su puño izquierdo directo contra mi pecho. El impacto fue bestial. Quedé aturdido, sin aire en los pulmones... y solo se trataba del primer golpe. El segundo llegó con la derecha, más fuerte incluso que el primero. El tercero, un terrorífico puñetazo circular, me alcanzó en el costado y me dejó sin fuerzas. Sin poder evitarlo, descubrí la cara y el puño de mi rival llegó, demoledor. Me lanzó al suelo, a los pies de la gente.

—¡Venga, arriba! ¡No me lo pongas tan fácil! —me gritó mi amigo.

Me levanté. Khan Kshur me dio unos pasos de margen para que pudiese hacerlo, pero en cuanto estuve en pie volvió a avanzar

y lanzó su puño derecho directo contra mi rostro, sin picar primero con la izquierda, como solía hacer. Coloqué mi cuerpo de lado y dejé que su mano pasase por delante de mi cara. Agarré su muñeca y descargué un golpe ascendente con todas mis fuerzas contra su costado.

No se lo esperaba. Soltó el aire y se dobló, aunque sin llegar a caerse. Era muy difícil derribar a Khan. Sin embargo, al inclinarse dejó desprotegida su cabeza. Imprimiéndole toda la fuerza posible gracias a mis piernas, el giro de mi cintura, los músculos de mi espalda, de mis hombros y de mi brazo, lancé un puñetazo circular contra su mandíbula.

Su cabeza giró bruscamente hacia un lado y el mouro cayó de bruces contra el suelo.

El rugido de los guerreros fue atronador.

Me alejé mientras Khan colocaba las palmas contra el pavimento para levantarse, aunque le llevó un buen rato. Cuando lo logró, levantó la guardia y la situó por delante de su cara.

El golpe habría matado a casi cualquier guerrero, pero no a mi amigo. A él lo había aturdido y lo había puesto alerta. A partir de ese momento, el combate iría muy en serio.

Se levantó y me enfrentó. Avanzamos el uno hacia el otro y comenzamos a intercambiar golpes. Los guerreros, exaltados, aullaban sus ánimos a uno u otro, pues ambos éramos apreciados en Iliddiam.

Cada vez me costaba más mantener la guardia alta. Me estaba agotando. Khan, sin embargo, pertenecía a una raza muy resistente, con una cierta comunión con la tierra y con las piedras. La piel de mi amigo tenía el color del suelo negro y fértil de estas tierras. Su textura sugería la de la piedra, su tacto el del cuero viejo y bajo la piel había músculos duros como el acero.

Lanzó un nuevo rechazazo. Me agaché, flexionando las rodillas y manteniendo la espalda recta. Cuando su brazo pasó por encima de mi cabeza, aproveché para abrazarme a su cintura. Levanté a pulso su cuerpo, en extremo pesado, hasta tener su cintura

a la altura de mis hombros. Khan, que sabía lo que iba a pasar, pataleaba y me golpeaba la cabeza con los puños cerrados.

No le valió de nada. Lo pasé sobre mi cabeza y, doblando mis rodillas, lo dejé caer hacia atrás, sin soltarlo, arqueando mi columna vertebral. Como estaba de espaldas al muro de escudos, muy cerca de él, Khan se estrelló aparatosamente contra dos de los guerreros que lo formaban y los derribó.

Mientras mi amigo se levantaba con mucho esfuerzo, uno de ellos se retorció de dolor. El otro había quedado completamente inmóvil.

La cicatriz del pecho me ardía, pero había dejado de importarme. Estaba empezando a disfrutar mucho con el combate. Apenas notaba el cansancio. Lo que notaba era fuerza.

De nuevo en pie, Khan se lanzó a por mí con la intención de arrollarme y le dejé que viniese. Su mole se estrelló contra mi cuerpo y me levantó los pies del suelo. Cuando comenzaba a caer, clavé mis dedos en los enormes hombros de mi amigo para que se viniese al suelo conmigo, sobre mí. Al mismo tiempo, coloqué las plantas de los pies sobre su abdomen. Cuando mi espalda colisionó contra el suelo, impulsé a Khan con toda la fuerza de mis piernas, lanzándolo por encima de mí.

Cayó aparatosamente unos pasos más allá, otra vez cerca del muro de escudos. Me levanté y me dirigí hacia él, riendo. La mayoría de los guerreros que formaban el círculo seguían gritando nuestros nombres, pero algunos habían enmudecido.

Intenté aferrar a Khan mientras se incorporaba, pero fue él quien agarró mis manos. Su mano derecha entrelazó sus dedos con los míos. Me eché a reír. Jugaríamos a eso, entonces.

Entrelacé los dedos de la otra mano con la izquierda suya y tensé todos mis músculos. Íbamos a comprobar quién tenía más fuerza.

Durante más de un minuto nos mantuvimos de pie, forcejeando, intentando empujar al otro, pero sin moverlo. Apretábamos los dientes y gruñíamos, yo con una sonrisa y él con gesto de preo-

cupación y la vista clavada en mi pecho, en la marca del zarpazo que el urco había dejado en mí. La notaba al rojo vivo, pero no me hacía daño.

Poco a poco, logré que retrocediese un paso, después otro. Preso de la euforia, con un grito animal, me eché ligeramente hacia atrás y le propiné una terrible patada en el pecho. Nuestros dedos entrelazados se soltaron y mi amigo mouro cayó hacia atrás. Eché a correr hacia él y, cuando comenzaba a levantarse, conecté un terrible puñetazo en su cara que lo envió al suelo de nuevo.

Allí se quedó, inmóvil, desmadejado.

Rugí.

La mitad de los guerreros del círculo de escudos se habían callado. La otra mitad gritaban, exaltados. Algunos comenzaron a contar.

—Diez. —Khan Kshur seguía sin moverse—. Nueve. —Me acerqué a él. Parecía inconsciente—. Ocho. —La marca del pecho comenzó a escocerme. La bestia me reclamaba que la liberase—. Siete. —Me di cuenta de que había estado a punto de perder el control, jugando en el filo del abismo—. Seis. —Cada vez, más guerreros se iban uniendo al cántico. Khan comenzó a recuperar la consciencia—. Cinco. —Farfulló algo, tosió sangre y comenzó a mover los brazos—. Cuatro. —Puso las manos contra el suelo y comenzó a hacer fuerza—. ¡Tres! —Los gritos de los guerreros se intensificaron. Con esfuerzo, mi amigo colocó una rodilla sobre el suelo e intentó levantarse. ¡Dos! —Logró quedar a cuatro patas, con las manos contra el suelo y jadeó para coger aire—. ¡Uno! —Me miró. Había determinación en sus ojos. Intentó poner la planta del pie sobre el suelo para levantarse, pero el cuerpo le temblaba—. ¡Cero!

Un rugido recorrió la enorme plaza. Los guerreros deshicieron el muro de escudos. Metí un hombro bajo el brazo de Khan y pasé un brazo por su espalda para ayudarlo a levantarse.

—Bien luchado. Casi te pierdes —me dijo. Tenía los dientes manchados de sangre. Su blanca melena, bigotes y barba también tenían manchas rojas.

Me di cuenta de que tenía razón.

—Sí, lo sé. Lo siento mucho.

Me miró y se rio, pero comenzó a toser sangre.

—Ash. —Era una voz maravillosa.

Me giré y vi una mujer rubia, menuda y bellísima que caminaba hacia mí entre los guerreros que se retiraban.

—Siéntalo ahí. —Me señaló un banco de piedra. Era Xianna, mi pareja, el amor de mi vida, la mujer que me había curado el corazón—. Deja de mirarme como un tonto y pon ahí a tu amigo.

Hice lo que me decía y se sentó con Khan, pasando su blanco brazo por encima de los enormes hombros del mouro. Le cogió la mano y las plantas del parque comenzaron a moverse. Los tres arbustos que estaban inmediatamente detrás del banco de piedra se inclinaron hacia el mouro, mientras algunas plantas enredaderas nacían de la tierra y trepaban por el banco. Pronto, Khan Kshur estaba envuelto en una luz verdosa. Se quedó dormido mientras las enredaderas se deslizaban por su cuerpo y yo disfrutaba del espectáculo, sintiendo que el amor hacia mi preciosa Xianna me embriagaba por completo. También me sentía mal, debido al estado de mi amigo.

—Ya sabes que no me gustan nada estas cosas, ¿verdad? —me dijo ella, mirándome muy seria, sin soltar a Khan, que se había quedado dormido. Estaba preciosa. Su avanzado estado de gestación no le restaba un ápice de belleza. Por el contrario, si era posible, la hacía estar aún más guapa.

—La verdad es que, ahora mismo, a mí tampoco me está gustando nada.

—¡Has estado genial, Ash! —Timy apareció a mi lado—. Creí que iba a ganar Khan, pero ya veo que ese zarpazo que tienes en el pecho te ha dado fuerzas. ¡Feliz encuentro, Xianna!

—La Madre nos sonrío, Timy —le respondió Xianna, con una sonrisa. Después me miró—. Carga con tu amigo. Y no se te ocurra quejarte. Y no quiero oír hablar de las armas, ya volverás después a por ellas. No se las van a llevar, hay muy poca gente en Iliddiam capaz de levantarlas.

—Sí, cariño —respondí, plenamente consciente de que tenía todo el derecho a enfadarse conmigo y que, como siempre, estaba siendo muy generosa y comprensiva—. Timy, ¿me puedes llevar la espada de antenas y el puñal?

—Claro, dalo por hecho.

Me dirigí hacia el banco y cargué a Khan sobre mis hombros. El calor del combate se había ido, la bestia se había vuelto a meter en su cueva y me dolía todo el cuerpo.

Iba a ser un camino muy largo.